

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 101

Administración: Cristóbal Bordín, 1, Madrid

1.º Septiembre 1903

La evolución de la Filosofía en España.

La Asociación Internacional de los Trabajadores.—La alianza demócrata socialista, su nacimiento en España, su objetivo.—Origen del partido obrero internacional.—Origen del partido obrero español.—La procedencia y las declaraciones de los primeros miembros del partido socialista.—El anarquismo de «Revista Social».—El método y la literatura federal en el anarquismo.—El colectivismo y el comunismo en el Congreso del año 82, celebrado en Sevilla.—José Lluas y Miguel Rubio.

Desde la «Asociación Internacional de los Trabajadores» á nuestros días, la filosofía social se perfecciona en grado sumo. De esta purificación ó evolución en las ideas es testigo, y en parte autor, Anselmo Lorenzo, que siendo de los que se reunieron alrededor de Fanelli cuando este revolucionario vino á España el año 68 para fundar los grupos de la «Alianza demócrata-socialista», es también de los que en nuestros días contribuyen con mayor esfuerzo á la propagación de las doctrinas anarquistas.

Fundóse en Londres la «Asociación Internacional de los Trabajadores» el año 64. Al principio la «Internacional» fué puramente económica y revolucionaria, como atestiguan manifiestos y palabras de Marx, Engels, Lafargue y Guesde, traídas á colación en varias obras, y que no reproducimos aquí porque no son muy importantes para nuestro estudio. Después, una parte de los llamados intelectuales de aquella «Asociación» se inclinó ligera y suavemente hacia la lucha parlamentaria y política, y para contrarrestar esta inclinación, Bakunin fundó, con los humildes y los llamados hombres de acción, dentro de la misma «Internacional», la «Alianza demócrata-socialista». De este hecho se produjeron dos resultados: el que, como hemos dicho, Fanelli viniera á España y fundara dos grupos, uno en Madrid y otro en Barcelona, de la «Alianza», y el que el obrero español tomara el partido de esta tendencia, ó sea de la económica y de la revolucionaria, contrariamente de lo que pretendían los partidarios de Carlos Marx, que no los había en España en los tiempos de que hablamos.

He aquí el programa y los Estatutos de la «Alianza de la democracia socialista» (de la que se derivan los socialistas anarquistas militantes), interesante, porque este documento, y otros que reproduciremos, nos darán la medida de la primera manifestación, aunque algo confusa, del ideal anarquista como elemento organizado para la lucha inmediata y de la evolución que este ideal ha realizado con el concurso de nuevos elementos intelectuales de que hablaremos más adelante.

«Programa.—1.º La «Alianza» quiere, ante todo, la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar á este objeto pide la abolición de la propiedad individual y el derecho de heredar, á fin de que en el porvenir sea el goce proporcionado á la producción de cada uno, y que conforme con las decisiones tomadas por los últimos Congresos de Bruselas y Basi-

lea, la tierra y los instrumentos del trabajo, como cualquier otro capital, llegando á ser colectivos de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas é industriales.

»2.º Quiere, para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad en los medios de desarrollo, esto es, de alimentación, de instrucción y de educación en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, convencida de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social, en su principio, llegará á ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua.

»3.º Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de Estado, y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los Estados políticos y autoritarios, actualmente existentes, se reduzcan á simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales.

»4.º No pudiendo la cuestión social encontrar su solución definitiva y real sino en la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la «Alianza» rehusa toda marcha que se funde sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.

»5.º La «Alianza» se declara atea; quiere la abolición de los cultos, la institución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la justicia humana.»

«Estatutos.—1.º La «Alianza de la democracia socialista» estará constituida por miembros de la «Asociación Internacional de los Trabajadores», y tendrá por objeto la propaganda y desarrollo de los principios de su programa, y el estudio y práctica de todos los medios propios de alcanzar la emancipación directa é inmediata de las clases obreras.

»2.º A fin de conseguir los mayores resultados posibles y de no comprometer la marcha de la organización social, la «Alianza» será eminentemente secreta.

»3.º Para la admisión de nuevos socios, se procederá, á propuesta de algún miembro antiguo, al nombramiento de una comisión encargada de examinar detenidamente el carácter y circunstancias del aspirante, quien podrá ser admitido por votos de la mayoría de socios, después de haber oído éstos el dictamen de la Comisión examinadora.

»4.º No puede ser admitido ningún miembro sin antes haber aceptado sincera y completamente los principios del programa y prometido hacer á su alrededor, según la medida de sus fuerzas, la propaganda más activa de ellos, tanto por el ejemplo como por la palabra.

»5.º La «Alianza» influirá cuanto pueda en el seno de la Federación Local, para que no tome una marcha reaccionaria ó antirevolucionaria.

»6.º Celebrará reunión general de socios á lo menos una vez cada semana.

»7.º En cada reunión se nombrará presidente y secretario; el primero para aquel acto y el segundo hasta haber dado su cometido en la próxima sesión, y conservando la representación social durante el intervalo para lo que sea necesario. Las actas y los acuerdos serán depositados en el local de la reunión.

»8.º Existirá una perfecta solidaridad entre todos los miembros aliados, de tal manera que los acuerdos tomados por la mayoría de ellos serán obligatorios para todos los demás, sacrificando siempre, en beneficio de la unidad de acción, las apreciaciones particulares que pudieran existir entre los miembros.

»9.º La mayoría de los socios podrán separar de la «Alianza», sin expresión de causa, á cualquiera de sus miembros.

»10. Cada miembro de la Asociación, en los momentos difíciles de su vida, tendrá derecho á la protección de todos y cada uno de los asociados.

»11. Para sufragar los gastos necesarios al fin que se propone la «Alianza», cada miembro pagará una cotización semanal de 50 céntimos de real, que guardará el depositario.

»12. En todos los puntos reglamentarios no previstos en los presentes Estatutos, se observarán las prácticas propias de toda Asociación democrática.

»13. Toda modificación á los presentes Estatutos, deberá ser aprobada a lo menos por las dos terceras partes de sus miembros.»

Las notas más salientes y más interesantes de este «Programa y Estatutos» son: La igualdad económica y social; la propiedad colectiva; la igualdad de derechos en ambos sexos; la abolición de los actuales Estados; la acción revolucionaria en sentido exclusivamente económico; la abolición de las fronteras; el ateísmo.

Rota la armonía entre los elementos que componían la «Asociación Internacional» en el Congreso celebrado en La Haya, el año 72, los obreros españoles se pusieron de parte de la tendencia revolucionaria, atea, anarquista, aunque fuera de un anarquismo muy atenuado, y colectivista que representaba Bakunin en contra de los demócratas comunistas y parlamentarios (entonces, no antes), de que era jefe Carlos Marx.

Considerando Marx perdida España para la causa del socialismo parlamentario ó partido obrero que inició en una conferencia celebrada en Londres el año 71, y que fué causa de que al año siguiente en el Congreso de La Haya la «Internacional» se dividiera en parlamentarios y revolucionarios, envió á España á su yerno Lafargue con encargo de que hiciese aquí á favor de la acción parlamentaria lo que el año 68 había hecho Fanelli en bien de la acción revolucionaria. Lafargue logró constituir en Madrid un grupo de nueve individuos, de entre los que formaban parte de la «Alianza» y habían hecho declaraciones anarquistas.

De esta manera nació el partido obrero español el año 72.

Dos años antes, los individuos que formaron el partido obrero habían dicho, desde el periódico *La Solidaridad*, de cuya redacción formaban parte, lo que á continuación se expresa:

«Convencidos de que la idea de Dios es la base fundamental del principio de autoridad y el origen de ese sinnúmero de preocupaciones que tienden á perpetuar la igualdad entre los hombres; persuadidos de que la idea de eso que llaman justicia divina sirve sólo para hacer que los hombres, confiando en ésta, no se subleven contra el cúmulo de injusticias humanas; seguros de que la fe es la negación de la ciencia y la rémora de todo progreso; considerando que el Estado autoritario es la completa destrucción del principio de libertad, y de que este principio sólo puede subsistir en toda su integridad en la anarquía, haremos cuantos esfuerzos sean necesarios para propagar el principio de la abolición del Estado y de la Iglesia, en contraposición al principio de la clase media de la separación de la Iglesia y del Estado.»

«En religión, el ateísmo; en política, la anarquía; en economía el colectivismo; ved ahí la síntesis de las ideas que el nuevo Consejo de Redacción sostendrá en las columnas de *La Solidaridad*.»

Como queda dicho, de los que habían firmado esta declaración de principio fundó

Lafargue el primer grupo en España de la política parlamentaria obrera, algunos de cuyos miembros constituyen hoy la jefatura del partido socialista.

En Junio del año 71 se fundó en Madrid *La Emancipación*. El Consejo de Redacción estaba compuesto de anarquistas miembros de «La Alianza», entre ellos Pablo Iglesias. En su primer número decía *La Emancipación*:

«Y, por el contrario, no debería el diputado Lostau haber indicado la idea del Municipio, pues la «Internacional», que rechaza todo Estado político autoritario, no puede admitir el Municipio, que es el estado político autoritario de la localidad; como no puede admitir la Diputación, que es el estado político autoritario de la provincia; como no puede admitir el Gobierno, que es el estado político autoritario de la Nación. Los obreros sabemos por experiencia que el principio de autoridad es la base de la esclavitud y, por consiguiente, rechazamos ese principio en todas sus manifestaciones, admitiendo únicamente como organización la libre federación de libres asociaciones de trabajadores agrícola-industriales.»

Esto decían en el primer número de *La Emancipación* los que poco después se declaraban socialistas políticos desde las mismas columnas de aquel periódico. Esta evolución regresiva fué causa de que apareciese *El Condenado*, al objeto de defender los principios de la «Internacional», abandonados por los que redactaban *La Emancipación*, entre ellos Pablo Iglesias, por cuyo motivo fueron expulsados de dicha entidad por la Federación Local Madrileña.

Como puede notarse, la filosofía social, al concretarse, toma un carácter más antiautoritario y de lucha inmediata.

Aunque esta corriente que se había expuesto, primero en la «Alianza» (Programa y Estatutos) y después en los periódicos internacionalistas, fuese abandonada por unos cuantos, la evolución de la filosofía social siguió su curso. Es más; puede decirse que la política del partido federal y la idea filosófica de Pi y Margall engendraron en España el socialismo. Más práctico el programa del partido federal, porque empieza las reformas de carácter económico en lo extremadamente simple, llega no obstante a poner dificultades a la propiedad individual. El socialismo verdadero, no el mistificado por las conveniencias de la acción política y parlamentaria, empieza ahí, donde el partido federal concluye. Esto, en cuanto a la lucha política; en lo referente a las concepciones filosóficas, Pi y Margall, como se ha visto, iba más lejos que los socialistas parlamentarios que surgieron poco después.

Como se acaba de ver, los socialistas y los anarquistas españoles, más que de la «Internacional» que fundó Marx, proceden de la «Alianza» que fundara Bakunin, y habían salido casi todos de la concepción filosófica y social de Pi y Margall. Por esta razón, el modo federal, el lenguaje, el sistema federal se ve en los primeros y más ilustrados escritores anarquistas.

Cuando el 81, pasada la persecución que sufrieron los internacionalistas desde principios del 74, pudo manifestarse de nuevo el periodismo revolucionario obrero, apareció *Revista Social*, dirigida por Serrano Oteiza. Este periódico decía en su número primero:

(1) «Como quiera que nuestra federación parte del trabajo, y en él se apoya para

(1) Debemos advertir que en este asunto nosotros no hacemos más que transmitir hechos y presentar a los ojos de los lectores las manifestaciones y la evolución de la filosofía social, sin tener en cuenta otra cosa que la idea escrita, presentándola tal como la dejaron impresa sus autores para señalar la línea que recorre y la riqueza que con el tiempo va adquiriendo.

su validez y estabilidad, arranca aquélla en primer término de la propia *autonomía* del individuo, pues no queremos el trabajo forzado ni sujeto á la explotación; y siendo el *pacto* la esencia de todo trabajo, basado en la propia y mutua conveniencia, esto hace que este mismo pacto sea por nosotros considerado como la propia y genuina garantía de libertad de contratación, siempre que sea *sinágnático*, es decir, que cada una de las partes se reserve mayor suma de libertad que la que cede, dilatándose esta fórmula hasta la federación de los oficios, siendo, como es, la fórmula *pactista*, el único medio amplio y autónomico de asegurar el derecho de todos y el de cada uno.»

En el número 2.º: «Es, pues, ineludible que el *Municipio* sea el núcleo de todas las fuerzas vivas y latentes que constituyen organismo perfecto; que en él estén las válvulas de la comprensión y dilatación, el *distole* y *diástole* precisos, valiéndonos de estos términos, para la circulación de la vida, puesto que sin un desarrollo completo de esta tan importante serie, otras más elevadas serían, si no puramente imposibles, perniciosas y mal constituidas al menos.»

En la convocatoria del Congreso Obrero Regional que se celebró en Barcelona los días 24 y 25 de Septiembre de 1881, y que publicó de fondo *Revista Social* en su número 70, se lee: (2).

«Así, pues, todos los que consideráis los derechos individuales imprescindibles é ilegislables, sois partidarios de la *autonomía* del individuo, del oficio, del Municipio, de la comarca y de la región y consideráis el *pacto sinágnático, conmutativo y bilateral* como una fórmula para establecer la gran Federación del trabajo, os convocamos á un Congreso Obrero Regional que tendrá lugar en Barcelona, etc., etc.» Como se ve, el espíritu de Pi y Margall, conserva aún su influencia dentro de la anarquía y de los anarquistas militantes.

Sobre la concepción de la sociedad del porvenir, los anarquistas que el año 81 escribían *Revista Social*, decían:

«El *Municipio* lo componen las personas humanas y las sociales; el sér racional, la *federación de todos los oficios* de la localidad, poseyendo en usufructo los trabajadores todos los instrumentos del trabajo y primeras materias gratuitas de la naturaleza, todo lo que pertenece al común, ó sea, á la *colectividad*, incluso la tierra, máquinas, edificios, fábricas, talleres, etc., etc.; cuanta riqueza y bienestar creó el trabajo, para que sirva de fondo social, inmenso y general laboratorio donde el hombre desarrolle sin trabas ni obstáculos sus aptitudes y facultades, relacionando el complemento de su sér con la naturaleza y con sus semejantes en perfecta sociedad, para que se agite y satisfaga libremente, ora por su propia iniciativa, ora por su conformidad con la de los demás y sin petrificar las funciones, sus múltiples y variadas necesidades en la dilatada esfera de la civilización y del progreso indefinidos.»

«Deber será de este *Municipio*, representación de los oficios federados, verificar con antelación, en el momento de constituirse, el único y verdadero deslinde de la propiedad con arreglo á los principios definidos de la ciencia sociológica; lo que pertenezca á la posesión del común, como relaciones de la sociedad con el individuo, y lo que á éste deba pertenecer en absoluto, como propiedad suya para sus relaciones sociales, que no podrá ser otra cosa que el *producto íntegro* de su esfuerzo é inteligencia, estableciendo así la armonía entre el individuo y la sociedad, gran *desideratum* de nuestros modernos tiempos.»

(1) El manifiesto se supone escrito por Fargas Pellicer.—N. del A.

Estotro párrafo, publicado en el número 12 de la citada *Revista Social*, define aún mejor el funcionamiento del sistema federal que los anarquistas procedentes de la concepción filosófica y política de Pi y Margall aplicaban á la sociedad del porvenir:

«Hemos visto que el *Municipio* del porvenir no es más que un *Estado confederado* de trabajadores, compuesto de otros *Estados*, que son las secciones de oficios, que gozan de autonomía completa y de la propia potencia, virtud y substancialidad; que pactan entre sí libremente para todas las necesidades propias y del trabajo, y como pactan dentro de la igualdad de condiciones y de la solidaridad económica, poseyendo todo lo necesario para su desenvolvimiento, de aquí que sus actos sean propios, esenciales, seguros y estrictamente guardados, sin que ningún Estado se separe de la mutua y general conveniencia que estrechamente les une.»

En el Manifiesto que los delegados al Congreso de Barcelona dirigieron á los obreros españoles, se lee:

«Nuestra organización, puramente económica, es distinta y opuesta á la de todos los partidos políticos burgueses y políticos obreros, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los Estados políticos y jurídicos actualmente existentes, queden reducidos á funciones puramente económicas, estableciendo en su lugar una libre asociación de libres asociaciones de productores libres.»

El concepto de la anarquía era aún vago y confuso por entonces. En el primer número de *Revista Social*, se lee:

«En toda sociedad hay y habrá tres grandes principios llamados *Autoridad, Libertad y Propiedad*; ninguno de ellos es negado por nosotros; aspiramos, sí, á su determinación justa y, por consiguiente, moral, proponiéndonos combatir con viril energía la imposición inicua de sus seculares y tradicionales privilegios, para lo cual hacemos filosófica diferenciación de cada uno de ellos, al objeto de herir las conciencias más encallecidas y de que las generaciones venideras los encuentren, si podemos, muertos ó cuando menos moribundos.»

Del número 30 reproducimos (Diciembre del 81):

«Enemigos racionales del principio de autoridad, *debilitamos su eficacia hasta ponerle en condiciones de ser útil* y no perjudicial al desarrollo del bien, á cuyo efecto proclamamos la organización del proletariado en secciones de oficio como única y exclusiva del trabajador.»

No negaban los anarquistas de entonces, como niegan los de ahora, todo principio autoritario; quien no quería reducirlo á funciones administrativas como las de las juntas de las sociedades obreras, entendía que era necesario «ponerle en condiciones de ser útil».

En la cuestión económica eran por entonces colectivistas, sosteniendo el principio de Bakunin contra el principio *comunista autoritario* de Carlos Marx.

Vemos el primer destello comunista anarquista en el Congreso celebrado en Sevilla el año 82, donde el delegado por Montejaque, Miguel Rubio, vivo aún, combatió las doctrinas colectivistas que expusiera el delegado por Barcelona, José Lluas. Conviene hacer notar que uno de los más viejos comunistas españoles, Vicente Daza, procedente también del campo federal, al explicar sus ideas sobre el funcionamiento de la comunidad de mañana, lo hace como los colectivistas, tomando por base la federación de los trabajadores por medio de las secciones de su oficio, las cuales cambiarán sus productos libremente conforme las necesidades de cada comunidad constituida por organizaciones

de productores. Al partir de aquí se establece una lucha entre comunistas y colectivistas, que si encona los ánimos, depura las ideas.

El comunismo no es en España de procedencia extranjera. Cuando los grupos italianos se declararon comunistas, el comunismo ya se conocía en nuestro país. Preguntado por nosotros el citado Miguel Rubio, sobre cómo concibió el comunismo anarquista, contesta: «Fuí de la «Alianza de la democracia socialista» fundada por Bakunin dentro de la «Asociación Internacional». Cuando después de la persecución que siguió á la abolición de aquella entidad se organizó la Federación Regional, pertenecí á ella también. El colectivismo nació en la concepción del producto íntegro del trabajo y de la colectividad de la tierra de que habla el programa de la «Alianza», y que no es más que un extracto del pensamiento económico expuesto por algunos delegados en los Congresos internacionales de la «Asociación Internacional». Y el comunismo, en lo que se refiere á España, se deriva del espíritu del programa de la «Alianza», concretado en estas palabras: «todos para uno, uno para todos»; pues si bien en el programa de la «Alianza» se habla de la propiedad colectiva, también se dice «llegando á ser de la sociedad entera». He de advertir que yo al defender en Sevilla el 82 mis ideas de que el producto del trabajo fuese de todos, como habían de ser la tierra y los medios de producción, se me contestó, por el delegado de Barcelona, que lo que yo defendía era el comunismo, á lo que repliqué que si aquello era comunismo, me declaraba comunista. Esto demuestra que la concepción comunista en España se deriva de una interpretación del programa de la «Alianza», lo mismo que el ideal colectivista.»

La continuación de este estudio demostrará que lo que combatían los anarquistas colectivistas era el comunismo autoritario, no el anarquista, considerando imposible que hubiese otra clase de comunismo.

FEDERICO URALES.

EL MEJOR DE LOS MUNDOS

I

—¡Al huertol... ¡Al huerto!...

—¡Sí, sí!... ¡Al huerto de tía Rosal!...

Este era el grito que lanzaban radiantes de alegría, saltando alborozados y tirando al aire sus gorras y pañuelos, revueltos en diferentes edades y sexo, los hijos de mi amigo, los de mi cuñado y los míos.

Al eco de aquella algarada infantil nos pusimos en marcha lentamente; las tres matronas se adelantaron como gallinas con pollos y nosotros detrás, hablando de todo y mirándolo todo, nos dejamos conducir hacia el cacareado huertecillo.

Era una de esas tardes que en el campo se siente la alegría de vivir.

Los tibios rayos del sol hiriendo con múltiples reflejos los cristales variados en colores de la antigua ermita; el tañido plañidero de lúgubre campana, recordando las creencias caducas y la vida inocente del abuelo campesino, el flujo y reflujo de aquellas viejecitas pálidas y arrugadas por los años, con su manto negro y ojos llorosos por el misticismo que arrancó lágrimas ante el altar de la Crucifixión de Jesús, y ya cansadas las rodillas del duro pavimento y el pecho dolorido á los golpes de *mea culpa*, retornaban al hogar, después del *deber* cumplido.

Más allá, los saludables campesinos, en diaria faena, descubiertos sus brazos atléticos y peludas pantorrillas, con medias de barro unos y otros con piernas relucientes por el zumo de la uva que acababan de aplastar; éstos, cantando aires del país con paso cadencioso tras las bestias cargadas del fruto de la vid, que tanto alegra al corazón; aquellos, jurando tras las mulas que, remisas, van hacia el carro lleno de barriles, que espera á la puerta de la granja...

El rebuzno del pollino oculto en el establo, que huele á distancia la hembra en celo pastando en la ladera. La vaca que cruza con el vientre abultado por la hierba y la ubre reventando por la leche, conducida por la Juanilla, de cabellos de oro, ojos de lumbre, cara de amapola y traje de mendiga. Los trinos de diferentes pajarillos que revolotean de la rama al suelo. El olor fuerte de la tierra entremezclado con el tufillo inexplicable que despiden las enaguas de las lugareñas, sacudidas por la brisa. Más adelante, en la llanura, el perfume ligero, fino, tenue de la viña; después el revuelto aroma del tomillo, del azahar, del pino, del romero; hasta el polvo imperceptible de la atmósfera, que trae á la memoria el abono del establo, se penetraba en mi cuerpo por la boca, los ojos, los poros; tomaba posesión de mi organismo, latía en mi pecho, en mis músculos; sentía palpitar en la tierra con su germinar constante; en el suelo, en el aire, en el mar. En todas partes veía al macho dispuesto á fecundizar, la hembra dispuesta á recibir, para reproducirse siempre, eternamente. Aquella tarde gritaban la planta, el insecto, la bestia, el hombre, todos á coro: ¡Amor! ¡Reproducción!

Al fin llegamos. El sol alumbraba sin calor, dando un barniz encantador á las plantas, las flores y los frutos. El viento mecía suavemente la enramada, halagando al oído ese murmullo del bosque cantado por los poetas, cuyo lenguaje entienden como su propio idioma los enamorados de la tierra. Los árboles, cuajados de frutas en sazón; las plantas, llenas de variadas flores.

El glu-glu del agua me volvió y la ví descender presurosa por la inclinada atarjea, viniendo al poco rato á besar los pies del hortelano que, con el azadón al brazo, la aguardaba para distribuir las á las sedientas coles, lechugas, rábanos, rosales, lilas, violetas, lirios, etc., á todos aquellos individuos que formaban ante mi contemplativa mirada una anarquía florestal.

Sentada en una piedra, junto al labriego, una *maga* cantaba por lo bajo el *arrorró*, en tanto que el chiquitín, rebelde, aprisionado en sus brazos, rojo de ira, gritaba en su lenguaje infantil: «á teta, á teta».

Allí muy cerca, cuasi oculto por la exuberancia del follaje, distinguí un tejado cubierto de hojas marchitas; era el cielo de la choza donde descansaba, vivía y se amaba aquel matrimonio medianero. Sobre las tejas un palomo azul, inflado el buche, arrullaba con gracia ardiente y voluptuosa á una blanca paloma que, agradecida de la pertinaz caricia, arrastró la cola abierta como un abanico, tomó un arista en el pico y se lanzó batiendo las alas á un agujero del apagado volcán que se alzaba frente al huerto de la tía Rosa. Preparaba el colchón para sus huevos.

Estrepitosas carcajadas juveniles me volvieron, y ví á mi amigo X y las tres matronas; él de pie sonriendo dichoso; ellas de rodillas llenando sus canastas de brevas, duraznos, ciruelas, almendras, lechugas, rábanos y flores.

Los árboles se habían llenado de pajarillos humanos que comían y gritaban, convirtiendo el huerto en ameno y delicioso paraíso. Por entre las ramas asomaban sus semblantes tersos del color de las cerezas, bañados en un sudor que me pareció la dicha derramándose por los poros de sus cuerpos.

Tuve miedo á tanta felicidad...

—¿Qué te parece?—me preguntó mi amigo.

—Una linterna mágica;—le contesté.

—«Este es el mejor de los Mundos»—añadió.

El sol, indiferente á todo como el asceta, se ocultó, y emprendimos la marcha hacia nuestros respectivos hogares, con el alma henchida de luz, aromas, vida y amor. Dos horas después mis hijas dormían el sueño sonriente de la infancia saludable. Abrí la ventana, y la luna bañó sus lechos, acabando de poetizar aquel día apacible.

II

A la mañana siguiente lo recordé todo; pero una angustia melancólica embargaba mi espíritu.

¡Cómol... ¿Este es «el mejor de los Mundos», para mí, que he visto hospitales, campos de batalla, manicomios, cárceles, lazaretos, salas de cirugía, cámaras de torturas, plazas de ejecución, etc.?

No; la tarde de ayer fué un sueño; el rey del Mundo es el dolor.

Así reflexionaba, cuando me anunciaron que mi amigo X estaba enfermo... ¿Qué tendría?... Una nadería, un catarro tal vez.

Dos días más tarde se agravaba... ¿qué era?

¡Ayl el rey del Mundo, el dolor, envió uno de sus monstruos, un cáncer que penetró en su boca, comió sus fauces, desgarró su laringe, mordió su lengua, extinguió su voz, pudrió su nariz, bebió su sangre, chupó sus músculos, saltó sus ojos, y sin dar tregua, devorando siempre, en su perverso empeño, día y noche, insensible al quejido de la víctima, transformó aquella arrogante figura atlética de hermoso rostro, en unos cuantos huesos envueltos en un pellejo terroso é incoloro.

Concluida su obra se marchó dejando en el lecho un pingajo humano para que le dieran sepultura; y en el hogar de duelo, una madre con luto eterno en el alma y una esposa atribulada, bañando en amargo llanto tres cabecitas rubias que acababan de heredar este triste y desconsolador epíteto: huérfanos.

¡Ahl «¡Este es el mejor de los Mundos!»

¡Oh Dios de bondad! Si yo hubiese hecho un Mundo como el tuyo, el remordimiento de mi conciencia me habría obligado á levantarme la tapa de los sesos.

SECUNDINO DELGADO.

De la utopía á la teoría, de la teoría á la práctica.

Varios economistas socialistas han formulado que es inevitable la disolución de la sociedad burguesa, por el hecho de que la producción capitalista engendra y desarrolla la clase destructora, que no tiene ningún interés á la conservación de la propiedad privada; es decir, el proletariado industrial y agrícola.

Ese proletariado, sin otra propiedad que su fuerza de trabajo—trabajo manual ó intelectual,—representa cada vez más en nuestros países modernos el corazón viviente de la sociedad.

La sociedad capitalista no engendra solamente sus propios destructores, «sus propios

sepultureros», como dijo Marx, sino que, al mismo tiempo, indica las vías por las cuales se operará la transformación de la sociedad capitalista en sociedad comunista, y regula además la lucha emancipadora de las masas proletarias.

Al observar en los países del capitalismo el más perfeccionado movimiento de resistencia contra el sistema de explotación moderna, concebimos un proceso general, común á todos los movimientos de las masas.

En el momento que en un orden social gastado y condenado á desaparecer, la miseria general se hace sentir y hace prever las crisis que seguirán en el porvenir, no puede despertar en las grandes masas del pueblo, y durante el primer período de malestar, más que un sentimiento vago de descontento. Esas masas vivientes, en el movimiento acostumbrado de sus quehaceres, y en las distracciones que ellos ocasionan, no podían darse cuenta de las causas profundas del malestar.

Los pensadores más instruidos del pueblo son los que primero despiertan. Y ellos son también los que encuentran muchas veces la muerte en una cruz como en la antigüedad, ó en el patíbulo como en los tiempos modernos.

Al denunciar al pueblo la injusticia del orden social establecido, dentro el cual ellos mismos viven, los gritos de dolor, de inquietud, de cólera se hacen oír primero con lamentos vagos expresados en los cantos de los poetas, luego en fórmulas más precisas, precediendo siempre el despertar de las masas y sus reclamaciones.

Cuando en la Edad Media los campesinos se sublevaron en Inglaterra bajo las órdenes de Wat Tyler, contra la opresión de sus señores, los nobles, los poetas nacionales habían preguntado ya de qué servían esos señores, y si por casualidad Dios había creado nobles en el paraíso terrenal.

*When Adam delved and Eve span,
Who was then the gentleman (1)?*

Después de las Cruzadas, la lucha que en las regiones más avanzadas del Noroeste de Europa—la Holanda y la Flandés—el Estado llano había emprendido contra la nobleza, iba precedida por las palabras del poeta (Jacob van Maerlant), quien preguntaba si los lugareños eran más menospreciables que los nobles, y si las lugareñas merecían ser tratadas por éstos con desdén.

Las masas se agitan únicamente cuando las palabras ardientes de los precursores les abren los ojos sobre la injusticia de sus sufrimientos y sobre la posibilidad del mejoramiento de su suerte.

Entonces empiezan á prestar oído á las utopías, á los proyectos quiméricos de reconstrucción de la sociedad; más tarde á las teorías determinadas con más precisión, aquellas que en la Edad Media, como en la hora presente, señalaban la propiedad privada como el origen de todos los males del mundo, refiriéndose al «Saxenspiegel», el Código sajón medioeval, para probar que la propiedad proviene de la violencia injusta.

Solamente después de eso es cuando en el dominio de la vida real empieza á dirigirse el rudo coloso de la sociedad humana; las masas toman medidas decisivas y ponen en práctica lo que hay de fuerza vital en las teorías, según las condiciones históricas nacionales y locales. La revolución efectiva, el nacimiento de un nuevo orden social saliente de la vieja sociedad se ha realizado.

El período anterior á la sociedad burguesa del siglo XVI hasta la Gran Revolución de 1789, ha seguido el mismo desarrollo en la Europa central y occidental.

(1) Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿quién era el noble?

Las aspiraciones de una transformación social se manifestaron de una manera hermosa en las descripciones poéticas de Tomás Moro, Campanella y otros autores de utopías. Más tarde siguieron los sistemas de los socialistas franceses del siglo xvii: del apasionado y misterioso Morelly, del abate de Mably; luego las teorías del sarcástico Linguet, que quería ver restablecida la antigua esclavitud, verdaderamente más dulce para los pobres—pensaba él—que la servidumbre libre.

Esas teorías penetraron en las masas, como se comprueba por los proyectos de mejoramiento de las condiciones sociales que los delegados a la Asamblea Nacional de 1789 traían en sus «carteras». Los pueblos, elaborando esas proposiciones, ensayaron formular a la casualidad las quejas expresadas por los precursores.

Sin embargo, entonces se vió una vez más que nada hay que esperar de los Gobiernos, pues éstos, sean tan *radicales* como se quiera, sólo miran por el mantenimiento del viejo orden social.

Cuando el huracán de la Gran Revolución estalló, el pueblo realizó a su manera, una vez más, las teorías propagadas.

En aquellos días tan tempestuosos, las teorías más divergentes se manifestaban y entrecrocaban en la lucha feroz de las pasiones y de los intereses.

Tras los elementos reformadores de los Girondinos, se levantaron desde luego las fracciones revolucionarias; los Jacobinos, representantes de la Idea Estadista (Robespierre, Saint-Just), quienes, después de haber humillado a la derecha la corriente más moderada de los Dantonistas (Danton, Camilo Desmoulins), a la izquierda la corriente más ó menos socialista (Chaumette, los Hebertistas), se vieron ellos mismos arrastrar a la guillotina, después de haber avanzado hasta el umbral del socialismo.

Como una repercusión á esa formidable tormenta, surgieron Babeuf y los Egaux, que reprochaban á aquella revolución de ser incompleta y de haber sido simplemente política, cuando lo que debía ser ante todo era económica.

La Gran Revolución, hizo la revolución, por excelencia, de la burguesía y se perfeccionó en los movimientos revolucionarios del principio y medio del siglo xix (1830 y 1848). No pudo hacer más; no pudo hacer una revolución obrera, vista la impotencia de las clases trabajadoras de dirigir ellas mismas como productoras, la producción y la distribución de las riquezas á fines del siglo xviii.

¿Cuál es la situación en la hora actual, en el momento en que nos encontramos, al umbral del siglo xx?

La Gran Revolución de 1789 y los movimientos revolucionarios que la han completado, no liquidaron más que de nombre hasta el presente, la sociedad feudal. A la verdad, esos movimientos revolucionarios no han podido concluir esa liquidación en ningún país de Europa, por grande que fuera su influencia.

Los países de la Europa central han caído, aun después de las guerras civiles del siglo xix, bajo la dominación del cura y del hidalgueteo, dominación directa á veces en el campo, indirecta bajo formas capitalistas en las ciudades.

Por otra parte, esos movimientos revolucionarios han respetado siempre la propiedad privada, y por este solo hecho han preparado una nueva revolución para los tiempos futuros.

Porque, si esos movimientos revolucionarios que hemos visto realizarse en el espacio de medio siglo, que han abolido en los pueblos los derechos feudales de la nobleza y los diezmos al clero, hubiesen abolido al mismo tiempo todos los reglamentos de los gremios de artesanos que impedían el libre desenvolvimiento del comercio y de la indus-

tria, habrían hecho *el trabajo «libre»* como han pretendido con tanta frecuencia, y seguramente se habría manumitido el trabajador.

La burguesía que empezaba á enriquecerse, demostró que era imposible se esperara de ella pruebas de amor ó de piedad hacia la clase trabajadora. Los contratistas capitalistas, comerciantes, fabricantes, pequeños propietarios del terruño, fueron los que con más franqueza se codearon con el pobre, aunque para explotarle. Este fué el único pago que recibió de esos movimientos.

Los obreros asalariados que, por el contrario, se proclamaban manumitidos y libres en sus movimientos, no podían tampoco trabajar en concurrencia con los fabricantes que medraron á costa de su sudor.

La gran masa de los obreros no tenía tierra ni máquinas; con frecuencia le faltaban herramientas y alimentos necesarios para la vida durante el tiempo que duraba algún trabajo, ó que el producto de ese trabajo se encontraba todavía entre sus manos. Eran demasiado simples, demasiado sencillos y demasiado incultos para comprender ellos mismos su situación. Se veían obligados á reclamar el apoyo de aquellos que otras veces como amos de taller, como nobles ó como gobernantes, laicos ó eclesiásticos, se habían servido de su fuerza de trabajo para llegar al poder.

Todos los privilegiados de antaño á los cuales se juntaban ó sucedían aquellos que se habían apoderado durante la revolución de los «bienes nacionales», eran quienes disponían de las máquinas y de las herramientas, de las materias primeras y secundarias, quienes poseían las casas y los almacenes y quienes habían hecho de la tierra su propiedad privada.

El trabajador permanecía tan débil en el nuevo régimen como lo había sido en el antiguo. La revolución, capaz de darle la libertad económica y política, no había venido aún; las teorías igualitarias de los revolucionarios de la burguesía no tenían valor en la vida real del obrero.

La Gran Revolución y los movimientos revolucionarios del siglo XIX que les sucedieron, aun en los países del capitalismo más desarrollado, no hicieron más que poner en segundo término la dominación de la religión y del derecho de nacimiento; es decir, reemplazar el poder del clero y de la nobleza por el solo poder financiero; por la dominación brutal del rico sobre el pobre.

Por último término, esas revoluciones han tendido á que los pueblos se vean tiranizados por una turba de banqueros cosmopolitas y sin piedad que no están dotados de otros sentimientos humanos que de un egoísmo grosero y codicioso.

En su avaricia han reemplazado los artesanos hábiles de antes, caídos bajo el yugo de explotadores capitalistas, por masas de seres humanos—hombres, mujeres y niños—sin capacidades especiales, extenuados por el trabajo en los períodos de actividad de la industria y echados al arroyo en los tiempos de crisis. En suma, esas revoluciones han puesto á la masa del pueblo en una situación mucho más dependiente de los amos, bajo el yugo de los cuales la vida humana parece ser más dura que bajo la dominación de los aristócratas de antes.

El aristócrata de nacimiento puede todavía mostrarse humano y benévolo. El estado social al cual pertenece, sólo cuenta un número reducido de miembros. Por la razón de que sus antepasados robaron para él, puede, si quiere, manifestar al menos sentimientos de caridad y de misericordia hacia el pueblo rural en medio del cual vive y de quien puede conocer los sufrimientos. Puede también intentar dirigir como magistrado «honrado», el gobierno de su pueblo, de su provincia ó de su imperio.

Pero todos esos favorecidos de la fortuna que han visto nacer el siglo XIX; todos esos señores de la Bolsa y de la Fábrica que se arrojan ferozmente en la lucha presente de todos contra todos, se parecen á las moscas de la fábula, que después de haber chupado hasta reventar, el cuerpo cubierto de úlceras de un pobre enfermo, no lo dejan más que para que sean reemplazadas por otras que, por lo mismo que no están saciadas, son peores todavía que sus predecesoras.

Y por esa misma razón la democratización del gobierno no podrá jamás salvarnos de la próxima revolución, porque, en todo caso, en ese período de dominación brutal del poder financiero, la caja del municipio, de la provincia ó de la nación, podrá ser confiada con más seguridad á la aristocracia, cuyos antepasados han robado, que al democrata famélico que debe todavía robar el mismo para saciar su ambición.

El siglo XIX ha tenido igualmente sus fundadores de sistemas sociales, más perfeccionados que los antiguos y prontos á substituir á la vieja é injusta sociedad. Poco después de la Gran Revolución, vemos aparecer la figura heroica y el espíritu tan generoso del conde de Saint-Simón, confuso en la exposición de sus doctrinas y marchando á tientas, por así decirlo, hacia las grandes reformas propias para reconstruir la vieja sociedad desde sus fundamentos, pero cuya voz penetrante reprochó eloquentemente á esa sociedad los sufrimientos de los pobres.

Después de él surgen, en Francia, Carlos Fourier, el filósofo-plebeyo; en Inglaterra, Roberto Owen, fabricante que se había elevado de joven obrero á la situación de patrono. Ambos nos dieron el bosquejo de una sociedad humana fundada sobre bases nuevas.

Los teóricos de mediados y fin del siglo XIX, particularmente los de la escuela social-demócrata alemana de Marx y Engels, trataron á aquellos hombres de soñadores, de «utopistas». Yo prefiero en vez de aplicarles estos epítetos, considerarlos solamente como los *precursores del movimiento socialista moderno*.

Todos somos un poco «utopistas» cuando no podemos contentarnos con las injusticias y las crueldades existentes; somos «utopistas» en los mejores y más bellos momentos de nuestra vida.

Muchas veces la distinta manera de pensar entre los descontentos de la sociedad capitalista, no consiste más que el uno mira un poco más lejos que el otro en los tiempos futuros.

Lo que en la historia de ayer nos parecía todavía una utopía, pasa á ser la reivindicación inmediata de hoy, para llegar á convertirse en la realidad de mañana.

Así, los pensadores Fourier y Owen no se transforman en utopistas por el solo hecho de que la sociedad humana se ha desarrollado muy diferentemente de lo que ellos habían sospechado ó deseado.

La sociedad humana de nuestros tiempos modernos, dominada por la gran maquinaria, ha engañado en la dirección de su desenvolvimiento tanto á los teóricos, como Carlos Marx, como á sus predecesores de la primera mitad del siglo XIX.

La vida real de los hombres sigue su curso, realizando por partes, aquí una idea, allá otra, ya en una evolución regular, ya en los choques de una revolución violenta.

La sociedad humana en general ha presentado siempre, y lo presentará en el porvenir, una especie de mosaico de las situaciones más variadas que nos aparecen como experiencias de los sistemas más diferentes.

Ningún pensador serio podrá darnos mejor el dominio de la sociología que la marcha general del desenvolvimiento que tome la sociedad existente.

Es la diferencia que hay siempre entre la práctica y la teoría. La primera, es la vida que se adapta en todas partes donde encuentra puntos de contacto según las condiciones vitales nacionales ó locales, colectivas ó individuales, las más variadas; la segunda, por el contrario, es una cosa muerta.

Fourier y Owen, tan lejos de la realidad que se dejaban llevar en alas de su fantasía, flotando por los aires, nos propusieron bastantes ideas, nos trazaron bastantes planos, cuya realización se ha efectuado en parte aun en nuestro tiempo, para no ser tratados por sus sucesores de soñadores utopistas.

Fourier y Owen, ambos nos dieron sobre la educación y la instrucción de la juventud preciosos consejos que han conservado su valor hasta la hora presente, á pesar de que los «Falaasterios» del uno parecen tener tan poca fuerza vital como las «Comunidades» y los «Paralelógramos» del otro.

Owen fué el verdadero instigador de la escuelas maternas que, basadas en su ejemplo, fueron fundadas en toda Inglaterra.

Fourier preve y anuncia, por una especie de inspiración, la sobreproducción, la cual lleva consigo la concurrencia libre y frenética entre los productores capitalistas.

Owen demuestra prácticamente en su fábrica de New-Lanarck aquella influencia civilizadora que un medio salubre ejerce sobre una población obrera degenerada ya por sufrimientos antiguos, para lograr lo cual aplicó la jornada de diez horas al personal de sus establecimientos, cuando en los otros se trabajaba de doce á catorce. Así, con su ejemplo, con el sostenimiento eficaz que prestaba á las organizaciones próletarias, hasta llegar á ser fundador de cooperativas obreras, bajo su influencia en 1834, las corporaciones obreras de Ing'laterra se unieron á la *Unión general de todos los oficios*, de la cual fué Owen el principal propogandista.

A pesar de esto no queremos negar la diferencia esencial que existe entre esos precursores del socialismo moderno y los teóricos venidos después de ellos.

Los primeros, tanto Saint-Simon que se separaba menos de las condiciones sociales existentes, como Fourier y Owen que soltaban más la brida á su fantasía, vivían todos en un tiempo en que la industria grande y el alto comercio de nuestra época estaban todavía en la infancia. Podían ellos presentir, por decirlo así, la situación complicada y llena de asechanzas á la cual tendía, andando el tiempo, el desenvolvimiento del sistema de producción capitalista, pero no podían estudiar de una manera tan penetrante como los teóricos de un período histórico ulterior, la dirección real que la sociedad tomaría en los países más avanzados del mundo.

Se sentían fácilmente dispuestos á darnos los planos sociales contruidos en su propia cabeza, y aun á edificarnos toda una sociedad nueva que ellos querían substituyera como una máquina moderna, al viejo organismo fuera de uso.

Por eso eran ante todo filántropos; no eran teóricos de la lucha de clases, ni mucho menos instigadores prácticos de esa lucha. Aquellos precursores no trabajaban por la emancipación de una cierta clase de hombres, sino ante todo por el bienestar de la humanidad.

Desconocieron el antagonismo de clases al cual tiende el sistema de producción capitalista. No comprendían en la vida real la lucha de clases como la generación siguiente, y no podían conocerla con todo y parecer sus sistemas tan revolucionarios y tan radicalmente subversivos. No creían más que en el Amor y en la Humanidad.

Los teóricos del socialismo de todos matices que surgieron después traían sus teorías á la sociedad actual.

Los social-demócratas, entre otros, nos han expuesto doctrinas que deben ser miradas más ó menos como una continuación de la economía política de la escuela burguesa.

Pero todos esos teóricos, sin excepción, difieren de las consideraciones de los antiguos economistas, por lo que no se contentaban únicamente con darnos el análisis de las condiciones sociales existentes, sino que todos intentaron de prever y de decirnos á qué tendería el desenvolvimiento natural de esas mismas condiciones.

J. B. Say dijo hablando de Carlos Fourier:

«El (Fourier) desestimó absolutamente el fin de la economía política. Creyó, como nuestros antecesores, que ésta tenía por objeto la buena dirección, el buen gobierno de la sociedad; pero probó invenciblemente que una ciencia no tiene por fin *hacer* (este es el objeto del arte) sino de decir lo que son las cosas.

»La economía política hace conocer la fisiología social. Es preciso partir de allí para dirigir la sociedad. Querer que los economistas hagan la sociedad, es pedir al fisiólogo que cambie nuestra manera de dirigirnos ó de reproducirnos.»

Si la economía política no sirve más que para decir estrictamente *lo que es*, nosotros podemos diferir en la estimación de su valor y aun pretender que ella no sabría llenar de una manera seria su misión de hacernos conocer la fisiología social, pudiéndole disputar el nombre de *ciencia* con que se engalana.

Lo que caracteriza á la ciencia, es precisamente que ella puede *prever*, porque ella *sabe*. La economía política como ciencia nos enseña las leyes del desarrollo de la sociedad humana, como la astronomía nos hace conocer las leyes de la mecánica celeste.

La ciencia de la economía política puede darnos más que simples hipótesis, pues está en estado de hacernos comprobar los fenómenos fijamente determinados, y cuyo desenvolvimiento no puede sernos desconocido.

Ampliando así nuestro saber, la economía política, por la fuerza de reacción que tienen las ideas sobre la vida social, debe poder *hacer* sin apelación lo mismo que el arte.

La economía que no tiene otro fin que decir lo que es, para que se parta de allí para «dirigir la sociedad», es la economía política de las universidades oficial y conservadora, regulada generalmente no por sabios, sino por funcionarios, por aquellos que no tienen otra labor que defender y justificar *lo que es*.

Tanto á los precursores del movimiento socialista del siglo XIX, como á los teóricos venidos después, les toca el honor de haber predicho, de haber intentado leer en el porvenir, apoyándose precisamente en su ciencia, y de haber ensayado de demostrarnos la nueva marcha que la vida humana podría tomar en el desarrollo de las nuevas condiciones sociales.

Intentaron, los unos imaginándose una nueva sociedad, libre por completo de las malas influencias que se manifiestan en la nuestra, los otros uniendo las teorías al desenvolvimiento de la sociedad existente, tal como lo veían realizarse á sus ojos, trazarnos la ruta que debería tomar necesariamente la raza humana en su marcha hacia adelante.

Uno de ellos había puesto los ojos en un porvenir más lejano que el otro; el precursor «utopista» se había adelantado quizá un millar de años; el teórico, su sucesor, mejor armado para un conocimiento más exacto de las cuestiones económicas, de un siglo solamente. Al apreciar ciertos fenómenos, uno y otro podrán equivocarse, y en el caso, como lo hemos supuesto más arriba, que la sociedad realizara por partes las ideas de ambos, queda autorizado así todo lo que tiene alguna fuerza vital en cada período histórico y en cada pueblo.

No obstante, uno y otro de esos grupos de socialistas tendrán siempre el mérito de

haber hecho vislumbrar el porvenir, y con ello de haber dado la primera impulsión al despertar y á la futura acción revolucionaria de las masas.

Además, el pueblo ha tomado de cada uno de esos socialistas lo que le ha parecido mejor. No ha hecho diferencia alguna entre los nuevos teóricos y los antiguos llamados «utopistas».

Lo que él deseaba no eran planos perfeccionados de una sociedad futura ni teorías abstractas. Eran pensamientos cortos, frases dichas quizá mil veces anteriormente, pero que lanzadas á las masas en una época determinada, tenían el mérito de ser atendidas en aquel momento por ellas y de poder caer sobre la generación humana como los estallidos del rayo.

El Manifiesto Comunista, obra colectiva de Carlos Marx y de Federico Engels, después de haber caído en el olvido durante un cuarto de siglo, ha dado la vuelta al mundo, desde la Internacional (1872) acá el llamamiento con el cual terminaba: *¡Proletarios de todos los países, uníos!* y está más en los labios de los trabajadores organizados de nuestros días que su obra oscura *El Capital*, verdaderamente ilegible para el noventa por ciento de los lectores y caduca bajo todos conceptos.

«La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.» «Deberes iguales, derechos iguales.» Fueron palabras que velozmente penetraban en todos los talleres y en las cabezas de millares de proletarios en cada país del mundo.

En el presente hemos avanzado tanto, que debe preguntarse seriamente si no es la práctica lo que para el porvenir pide todos nuestros esfuerzos.

Nos sobran teorías de todas clases; ahora lo que debemos hacer es penetrar en las fuerzas vitales de la humanidad que estén producidas colectivamente por el ejemplo de algunos como fuerza organizada ó individualmente por la acción personal de cada uno.

Hay períodos históricos durante los cuales las palabras pueden valer tanto como los actos, pero esos períodos no son de larga duración, y en la fase de desenvolvimiento de nuestra sociedad capitalista puede decirse que no estamos en el momento de emplear más palabras para la liberación de las masas obreras.

Mi firme convicción es que de la manera con que los pueblos intervengan y agiten en un período histórico decisivo como el período actual, dependen en gran parte la realización de las ideas y las teorías en los distintos países del mundo.

Los hombres tienen que forjar su propio destino; las materias le son suministradas.

Porque creo que el período de teoría y de agitación debe transformarse en un período de organización y de acción revolucionaria, espero haya una mutación general del centro de gravedad del movimiento obrero internacional de Francia y Alemania hacia Inglaterra y los pueblos anglosajones de América y de Australia.

En esos últimos países encontramos el más alto desarrollo de la sociedad capitalista y el antagonismo más pronunciado entre los intereses del obrero organizado y los de los grandes monopolizadores de la tierra y de los instrumentos del trabajo.

Si es verdad que Alemania ha sido durante la mitad del siglo XIX muy particularmente el país de la teoría y de las especulaciones filosóficas en el dominio del movimiento obrero, es sin embargo injustamente que los instigadores del movimiento han creído poder figurar como la vanguardia del movimiento internacional y ejercer una influencia decisiva sobre la organización y la acción del proletariado en los países más avanzados.

No será esto así, si consideramos como verdadero fin del movimiento obrero — fin realizable, no por la aplicación de algunas reformas democráticas sobre las bases econó-

micas de la sociedad capitalista existente, sino, por el contrario, por el trastorno de esas bases económicas—la liberación completa de la clase obrera del salario moderno.

Federico Engels ha escrito en 1882, hablando de su país natal: «El grado de desenvolvimiento de Alemania, al principio del período entre 1840 y 1850, económica y políticamente más atrasado que al presente, no podía producir entonces más que caricaturas socialistas.»

Ese juicio es aún en gran parte exacto hoy, visto el desenvolvimiento económico y político de Alemania y a pesar del desarrollo de la industria alemana en estos últimos años. La esclavitud política paraliza momentáneamente la fuerza revolucionaria del proletariado alemán.

Francia, que es la cuna de tantos movimientos revolucionarios, pudiera considerarse como un deber histórico de ese país el marchar una vez más a la cabeza de las naciones en los conflictos internacionales del porvenir. Pero a pesar de la fuerza vital y revolucionaria que hierve en las venas de la masa en general, la organización del proletariado, de la industria, del comercio, de la agricultura es decididamente demasiado débil en Francia para que la fuerza obrera de ese país esté en estado de tomar la dirección del movimiento obrero internacional.

Ye creo que la primera sacudida del movimiento revolucionario y decisivo del proletariado debe ser en Inglaterra ó en los Estados Unidos, por cuanto están mejor preparados para librar la batalla que el de las demás naciones, por su organización más perfeccionada y por sus mejores condiciones de vida material.

En los países anglosajones las masas obreras dan patentes pruebas de que se encuentran en estado de dar a la lucha de clases su dirección definitiva.

CRISTIAN CORNELISEN.

Se dice con frecuencia en el lenguaje corriente:—colocaos en mi lugar, colocaos en el lugar de otros—y cada uno puede, en efecto, sin gran esfuerzo, trasladarse a las condiciones exteriores en que otro se encuentra. Pero el carácter propio del genio poético y artístico, consiste en poder despojarse, no sólo de las circunstancias externas que nos envuelven, sino también de las circunstancias internas de la educación, de circunstancias de nacimiento ó de medio moral, del sexo mismo, de las cualidades ó de los defectos adquiridos; consiste en perder la personalidad, en adivinar en sí, bajo todos los fenómenos menos esenciales, la primitiva crípsa de vida y de voluntad. Después de simplificarse de ese modo a sí mismo, se traslada esa vida que en sí se siente, no solamente al marco en que otros se mueven, ni siquiera a los miembros de otro, sino, por decirlo así, al corazón de otro ser. De ahí el precepto tan conocido de que el artista, el poeta, el novelista debe vivir su personaje, y vivirle, no superficialmente, sino con tanta profundidad como si realmente hubiese penetrado en él. Después de todo, no se da la vida sino tomándola de la propia; el artista ha sido dotado de poderosa imaginación; debe, por tanto, poseer una vida bastante intensa para animar, uno tras otro, cada uno de los personajes que crea, sin que ninguno de ellos sea una simple reproducción, una copia de sí mismo. Producir por el don de su sola vida personal una vida *otra y original*; tal es el problema que debe resolver todo creador.

GUYAU.

COLOQUIO INSTRUCTIVO



—Desengáñate, Duque. Silvela tiene razón; eso se arregla con el mañuser.

—Ya veremos, ya veremos cómo nos lo arreglan; porque es el caso que los mañusers no se disparan solos, y que para ello hemos de valerlos de nuestros criados. Ya sabes, mi rico Banquero, que en nuestros días los criados... etc., etc.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La agricultura y la química.—La luz azul: sus propiedades terapéuticas.—El problema de la tuberculosis: la opinión del profesor Malvoz sobre los experimentos del Dr. Garnault.

El eminente químico francés, M. Berthelot, acaba de publicar un estudio tan interesante como original sobre las relaciones de la agricultura y de la química, que ha producido en los centros científicos, especialmente en los que se ocupan de sociología, una impresión profunda.

En primer lugar, recuerda el gran químico, detallándolas, las transformaciones de la agricultura según la influencia que han ejercido sobre ella, a través de las edades, la mecánica y la química, influencia que ha tenido por objeto facilitar la producción y la explotación del suelo a fin de aumentar sus rendimientos.

M. Berthelot llega a esta conclusión sensacional y, sin embargo, lógica: la química, después de haber fecundado la producción agrícola por el empleo racional de los abonos minerales, está en vísperas de hacer una concurrencia temible a la planta y aun al animal que de ella se nutre, para procurarnos directamente, por procedimientos de laboratorio, los alimentos que nuestro organismo necesita.

«En estos momentos alborea, escribe M. Berthelot, la aurora de una nueva revolución en la alimentación del hombre. La química, desarrollando desmesuradamente la audacia de sus descubrimientos, pretende fabricar hoy los alimentos y reemplazar las pequeñas industrias agrícolas, fundadas sobre la producción de los seres vivientes, animales y vegetales, por la creación completa de materias nutritivas. A las granjas sucederán las fábricas; a los agricultores y labradores los ingenieros y los mecánicos. Será una transformación, no ya industrial, sino social más profunda que las que la raza humana ha atravesado durante el curso de los tiempos históricos.»

Semejante pretensión, añade el gran químico, ha sorprendido a las inteligencias no preparadas, y promueve la sonrisa escéptica de los conservadores ignorantes, a quienes hubiera debido espantar. Es un signo de los tiempos presentes, en que la ciencia moderna comienza a introducirse en la dirección de las cosas humanas el dominio de sus leyes y de sus métodos con una actividad y un éxito cada vez más acelerados.

Y el hombre que habla así no es un soñador; al contrario, es harto positivista para perderse en las hipótesis aventuradas. Deduce sencillamente consecuencias lógicas de los descubrimientos realizados. El restaurant de pastillas alimenticias, que en la actualidad no pasa de rareza americana, será una realidad, como lo es ya el *Nautilus* que soñó Julio Verne.

Respecto a la substitución de la agricultura por la química, una parte del camino ha sido ya recorrida. ¿No ha descubierto el químico alemán Fisher la síntesis del azúcar? El azúcar de glucosa, análogo al del jarabe de fécula, se fabrica íntegro en las fábricas germánicas, y se fabricará indudablemente también el azúcar de remolacha por la vía sintética.

Para tranquilidad del cultivador de remolacha y de la industria azucarera, dice la *Agricultura moderna*, esos trabajos no han salido aún del laboratorio del sabio a causa de lo elevado de su coste; pero no deben confiar demasiado, porque resuelto el problema

científico, el económico puede presentarse el día menos pensado. Acaso nuestra generación no lo vea; pero es indudable que este siglo ha de asistir a una lucha encarnizada en que la agricultura verá a su antigua aliada la química convertida en su rival primero y después en su enemiga vencedora.

Con ese resultado han de sobrevenir trastornos sociales: el privilegio procurará encauzarlo todo en su beneficio exclusivo; pero el proletariado está alerta, y cada vez es más difícil irle excluyendo de los beneficios del progreso.

*
*
*

Cada día son más numerosas las aplicaciones de la luz eléctrica azul á la terapéutica. La gran ventaja de esta luz proviene, especialmente respecto de sus aplicaciones á la terapéutica, de su acción sobre los nervios vaso-motores.

Su efecto puede oponerse al de la luz blanca.

El Dr. Maritoux ha demostrado que una superficie granulosa se desconggestionaba bajo la influencia de la luz azul, mientras que la luz blanca produce, por el contrario, una violenta congestión.

Las recientes observaciones del Dr. Menín prueban, por otra parte, cuán enérgico es el efecto calmante producido por la luz eléctrica azul, que emplea actualmente en lugar de las soluciones de cocaína para hacer incisiones y puntos de sutura sin dolor. Además, el empleo de la luz azul no produce solamente la anestesia completa para la sutura de las heridas, sino que, bajo su influencia, su cura se hace de primera intención, lo que no puede obtenerse con los diferentes medios conocidos hasta el día.

Resulta, pues, una nueva y feliz aplicación de la luz azul á la terapéutica.

*
*
*

Toda la prensa se ha ocupado de los experimentos del Dr. Garnault; pero si generalmente se ha tributado un homenaje merecido al valor del médico francés, las opiniones son muy contradictorias respecto de su utilidad.

Se recordará que antes que el Dr. Garnault, un periodista belga, M. Quennes, quiso intentar semejante experimento, y se ofreció al profesor Malvoz, Director del Instituto Bacteriológico de Lieja, quien rehusó, dando excelentes razones para explicar su actitud.

El mismo Dr. Malvoz ha dado recientemente su opinión sobre los experimentos de M. Garnault. Para él esos experimentos no prueban absolutamente nada, y no será posible servirse de ellos como conclusión científica. En su concepto, el experimento resulta forzosamente incompleto, apoyándose en un experimento muy curioso realizado anteriormente por el Dr. Meeler, quien inyectó bacilos calentados á 100 grados, es decir, destruidos, que fueron introducidos á cierta distancia, y á su proximidad se formó un tubérculo. La tuberculosis no se propagó sin embargo; quedó localizada.

¿Qué sucedería si se inoculasen bacilos vivientes de la tuberculosis bovina profundamente en un sujeto humano en el caso, por consiguiente, del Dr. Garnault? Estos bacilos serán arrastrados hasta el primer ganglio, donde, amontonándose por series, producirán un tubérculo. En cuanto el paciente compruebe su presencia, se entregará al cirujano, quien extirpará la parte enferma.

Nada quedará probado, por consiguiente, puesto que el mismo fenómeno se produce con bacilos muertos.

Para que el experimento fuese completo, se necesitaría: ó que el Dr. Garnault dejase que el mal invadiera todo el organismo, ó que absorbiera cultivos microbianos bovinos

por vía de *inhalación* más que por *ingestión*. En una palabra, se necesitaría que el experimento siguiera su curso hasta la *muerte* del sujeto, y que su autopsia revelase que la defunción fué debida á la aclimatación en el cuerpo humano de la tuberculosis bovina.

Este es el *mínimum* de las exigencias del profesor belga para declararse convencido. Es de esperar que el Dr. Garnault renuncie convencerle.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

POR ESOS MUNDOS

La trata de blancas.—La cuestión religiosa en Francia.—Una escuela modelo.

El mes de Julio último se celebró en París una conferencia internacional para reprimir la «trata de blancas». Asistieron delegados de España, Italia, Rusia, Bélgica, Alemania, Países Bajos, Inglaterra, Estados Unidos, etc., etc.

En la tal conferencia se trató de la necesidad que hay de elaborar una legislación internacional que ponga fin á esa compra y venta de mujeres, por lo regular jóvenes impúberes, cuyo comercio se verifica bajo distintos nombres en naciones que se llaman civilizadas, para surtir los mercados de la prostitución de las grandes ciudades europeas, como antiguamente se surtían los harenes de los imperios asiáticos.

Crean los sesudos gobernantes del orbe civilizado que para moralizar á los pueblos, para dignificar las costumbres, para romper ciertos hábitos lindantes con deplorables vicios, precisa una legislación más acabada que abrace mayor número de causas y concausas que aniquilan, atrofian y pervierten las razas humanas, y que castigue con mano fuerte á los considerados como delincuentes de ese vergonzoso tráfico.

No dice la *nota diplomática* si estarán en el mismo concepto las monjas enclaustradas, puesto que el estar custodiadas por grandes barrotes de hierro demuestra que no habitan voluntariamente allí, y que al ser esclavas ha debido haber inductores que muy bien pudieran ser delincuentes, por aquello del secuestro y corrupción de menores, y que están sujetas á fuerza mayor, ni más ni menos que las infelices jóvenes compradas para carne de lupanar, etc., etc....

No debe olvidarse en esta ocasión, como en todas las que se nos presenten de índole semejante, el adagio vulgar que dice: «Quien hace la ley hace la trampa». Superficialmente veremos cumplirse eso de la represión de la «trata de blancas»; en el fondo subsistirá la misma infamia.

Además, en las condiciones en que yace la mujer que á veces ha de vender su cuerpo para meterse en la boca un mendrugo de pan, ¿es una solución eficaz el legislar sobre lo único que encuentra para saciar el hambre? ¿Es justo que careciendo de la independencia que tiene el hombre se la obligue á ser perpetuamente su esclava? Concédansela antes medios para ganarse la vida, adquiera ella la ilustración precisa para hacerse cargo del estado á que puede conducirla la realización más ó menos espontánea de sus intenciones, désele la libertad que tiene el hombre, y después légílese sobre sus hechos, si es posible que aún se pase el tiempo en tales trapacerías.

En la desigualdad que impera, en la orfandad en que vive la mujer, aun en medio de una familia, no es lógico ni razonable pretender interesarse por la suerte que puede caberle; ni en nombre de la humanidad, ni en nombre de la moral social.

Mientras no desaparezca la miseria; mientras no desaparezcan los irritantes privilegios, cuanto legislen para perseguir la venta del cuerpo humano será música y sólo música.

* * *

En otro tiempo, cuando aún eran posibles las guerras religiosas, el cierre de las escuelas congregacionistas en Francia habría producido hondísimos trastornos; hoy se verifica con relativa tranquilidad y sumisión, puesto que sólo alguno que otro establecimiento religioso se resiste, alguna que otra voz protesta, alguno que otro *fanático* tuno invoca la palabra libertad para resistirse á cumplimentar la orden dada por el Gobierno francés de desalojar en un término fijado los edificios hasta ahora habitados por religiosos que no entran en el Concordato y que no quieren someterse á la ley del 1.º de Julio de 1901, que en su art. 13 dice: «Ninguna Congregación religiosa podrá instituirse sin una autorización concedida por una ley que determinará las condiciones de su funcionamiento, ni podrá crear ningún nuevo establecimiento más que en virtud de un decreto hecho por el Consejo de Estado. La disolución de la Congregación ó el cierre de todo establecimiento podrá ser decretado en Consejo de Ministros.»

Lo más jocoso que se observa en este asunto es que esos señores religiosos que rebuznan continuamente contra la libertad, la invocan con gritos desaforados cuando á ellos les conviene ampararse bajo su lábaro. En varios departamentos de Francia, algunos establecimientos se han resistido á cumplimentar la orden del Gobierno y han pretendido soliviantar los ánimos de las gentes ignorantes. Afortunadamente, el pueblo no es tan tonto como ellos se figuran, y sin ser epicureista, porque no le han enseñado á entender de esas cosas, por instintó, no profesa ninguna religión; su fe es la fe del carbonero, y ha sabido comprender la plaga que se echaba de encima con la expulsión de tantos hermanitos y hermanitas, cuya única misión era la de embrutecerle más y más de lo que le han embrutecido diecinueve siglos de enseñanza religiosa.

* * *

He leído con muchísima satisfacción la noticia que un diario parisién da de la creación de una escuela que bien podemos llamar modelo, porque puede servir de enseña á cuantos se interesan por la educación de la juventud.

Situada en plena campiña, en un país magnífico, en una inmensa propiedad, en medio de bosques de pinos, encinas, robles y esencias balsámicas. Huelga decir la influencia bienhechora que puede tener en los niños, sobre su imaginación, una naturaleza tan rica y tan bella como la de los montes de Esterel, que es donde está edificada la escuela de que hablo.

La casa, que sólo debe abrigar un número restringido de alumnos, está construída con todo el confort moderno. Los dormitorios instalados de manera que forman una especie de camarotes con su habitación particular. Cada camarote es bastante grande para contener la cama, una mesa tocador y una cómoda. Los tabiques que separan las habitaciones no llegan hasta el cielo raso, pudiendo los niños aprovechar en general el aire cúbico del dormitorio.

Para el estudio y en la clase, cada alumno tiene su mesa independiente, á su medida, para que su cuerpo no esté encorvado ni sus pulmones comprimidos.

Todas las clases, salas de colegio y cuartos dormitorios, están colocadas en pleno mediodía, con grandes ventanales para que penetre en todas partes el sol y la luz.

La hidroterapia es una de las cosas que con más rigor se observan. Hay varias salas

de duchas y baños donde los niños van muchas veces al día para descansar y quitarse el polvo que pudieron recoger en sus juegos ó carreras.

Las clases, que no duran más de una hora cada una, y que son cuatro las que hay durante el día, están dirigidas de tal manera, que estudia teórica y prácticamente todas las asignaturas.

El estudio de los idiomas se verifica siempre fuera de las horas de clase, ya en los juegos, ya en la mesa, ya durante los ejercicios gimnásticos.

Los profesores, que viven constantemente en medio de sus discípulos, continúan, una vez los cursos terminados, sus enseñanzas bajo distinta forma; en los trabajos de mecánica, de carpintería, de jardinería, etc., con que emplean las horas de recreo.

Es decir, se preocupan tanto del desarrollo físico del niño como de su desarrollo intelectual; le enseñan á conducirse bien, al mismo tiempo que á leer bien y á pensar mejor; le dejan, fuera de las horas de estudio, una muy grande libertad de acción. Con tal enseñanza se comprende lo hermosamente que saldrán desarrollados los cuerpos y los espíritus de esos hombres de mañana, dignos representantes de la sociedad del porvenir.

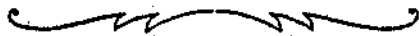
Pero lo que mejor demuestra lo que representa esa escuela modelo entre las modelos, es que el que quiere enseñanza religiosa se le educa según la religión que dice profesar. Todos los profesores son laicos, perteneciendo los unos á la religión católica, los otros á la protestante y algunos que no profesan religión positiva alguna. Los discípulos católicos están bajo la dirección de un sacerdote católico; los alumnos protestantes bajo la dirección de un pastor; y los discípulos rusos bajo la del arcipreste de la iglesia rusa de Cannes. Esto tocante á la enseñanza religiosa; en las demás clases están juntos y aprenden prácticamente la tolerancia de unos con otros para abrazarse en un ideal común; el amor á la ciencia y á la humanidad.

Aunque en esa escuela se enseñe á cada cual la religión que profesa, la misma tolerancia que allí se observa conducirá á aquellos jóvenes á la comprensión de la mentira religiosa, puesto que entre ellos se profesará una verdad distinta, cuando el estudio sereno de las ciencias naturales y sociales les convencerá de que la verdad sólo puede ser una. Y quizá sea la mejor manera de preparar una juventud consciente y razonable.

No soy amante de que á la niñez se enseñe religión alguna, tanto porque es perder tontamente el tiempo, cuanto que puede ser depresivo para la inteligencia y para el temperamento de los educandos. Sin embargo, puestas las cosas de la manera como las ponen los profesores de la escuela de Esterel, no encuentro inconveniente alguno en que se establezca esa mutua tolerancia y se codeen tan íntimamente, como ha de suceder en el interior de un colegio, jóvenes que profesan distintas ideas.

Yo auguro que en el porvenir esos jóvenes no profesarán religión alguna, y que amarán á la humanidad con el amor sincero con que ahora les enseñan á amar á los hombres, profesen las ideas que quieran y pertenezcan á la raza que pertenezcan.

SOLEDAD GUSTAVO.



UN BUEN EJEMPLO

LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS EN FRANCIA



Quitando obstáculos para no tropezar en el camino del progreso.

Ejercicios que no deforman.

Los mejores movimientos del gimnasio.—Los ejercicios «de sala».

Los nadadores y los trepadores.

Los remadores.—Dos variedades de sport náutico; el remo y la pagaya.—Superioridad del remo.—De punta y de parel.

Condiciones generales de los ejercicios que no deforman; estas condiciones son, ante todo, negativas.—Tendencia natural del cuerpo á desarrollarse regularmente.—El ejercicio no debe contrariar esa tendencia.—La soltura, condición para la elegancia del talle.—Superioridad de los ejercicios de precisión sobre los de fuerza.—Las bailarinas en la cuerda; juglares y equilibristas.—El hábito de llevar fardos sobre la cabeza.—Las mujeres de Tenerife.

I

Los ejercicios que deforman el cuerpo son, en primer lugar, los que no hacen trabajar igualmente todas las regiones. Cuando uno es, ante todo, esmerado en conservar la regularidad de sus formas, debe, pues, adoptar una clase de gimnasia en que todas las partes del cuerpo estén sometidas á un trabajo regular proporcionado á la fuerza de sus músculos.

En los gimnasios, se llaman ejercicios *de sala* aquellos que se hacen de pie, y que consisten en movimientos sucesivos de flexión, extensión, etc., de las piernas, brazos, tronco, caderas ó cuello. Estos son, evidentemente, bajo el punto de vista de los resultados estéticos, los mejores de todos los ejercicios. Cada miembro sufre un trabajo proporcionado á la fuerza de sus músculos, puesto que no mueve más que su propio peso. Además, los músculos antagonicos guardan entre sí, en sus contracciones, una compensación perfecta, que no tiende á hacer predominar los extensores sobre los flexores, ó recíprocamente, ni, por tanto, á colocar á los huesos en una dirección que se separa de la normal. Por último, como el cuerpo permanece firme sobre las piernas, la columna vertebral no puede en ningún momento sufrir una actitud viciosa para buscar un equilibrio anormal.

Serían, pues, estos ejercicios los mejores de todos, si fuesen algo más interesantes para el que los practica. Pero no ofrecen ningún atractivo, porque suprimen en el alumno toda iniciativa, y sólo exigen una obediencia atenta y pasiva á la voz de mando.

La natación exige también la acción regular de todos los músculos. El cuerpo debe progresar en este ejercicio por un movimiento de extensión que, partiendo de las piernas, se propaga á los muslos, á la columna vertebral y á los miembros superiores.

El acto de *trepár* se parece mucho al de la natación. En ambos ejercicios, la progresión se hace por movimientos alternativos de flexión y de extensión del cuerpo y de los miembros. A primera vista parece que no hay entre ambos modos de progresión más que una diferencia de dirección, puesto que se nada horizontalmente y se trepa de abajo á arriba. Pero desde el punto de vista del mecanismo del trabajo, existe una diferencia capital; en el nadador los hombros y los brazos se mueven en el mismo plano horizontal; en el que trepa, los brazos se colocan delante del pecho y su movimiento de flexión, fijando las manos, tiende á llevar los hombros hacia arriba, hacia delante y hacia adentro.

No he tenido ocasión de observar á esos trepadores que pasan su vida subiendo á lo más alto de los grandes árboles, para podarlos, en los montes del Estado. Pero, según el trabajo que ejecutan, su conformación de hombros debe parecerse á la de los gimnastas que abusan del trapecio. Los nadadores, por el contrario, no están sometidos, por su ejercicio, á ninguna causa de deformación, y presentan de ordinario un desarrollo muy regular.

Hay ciertos ejercicios que, á primera vista, parecen localizarse en un grupo de músculos restringido, pero que un análisis más detenido nos demuestra que se generalizan por todo el cuerpo. Así, el hombre que toca una campana pesada no trabaja solamente con las manos que cogen la cuerda, sino con los brazos que se doblan, con el tronco que se encorva, y hasta con los pies, que se crispan para adherirse más fuertemente al suelo.

El remar hace engrosar al biceps y se clasifica generalmente entre los ejercicios de brazos. Es un error, porque el trabajo del remero está muy lejos de localizarse en los miembros superiores. El esfuerzo muscular que hace avanzar la embarcación se apoya en gran parte en los extensores de la columna vertebral. El remero *tira*, sobre todo, con los riñones. Además, cuando ha de lanzarse la embarcación á toda velocidad, como en las regatas, las piernas trabajan tanto, por lo menos, como los brazos.

En el momento en que escribo estas líneas estoy bajo la acción de unas agujetas musculares, ganadas al volver á remar, ejercicio abandonado desde hacía un año. Los músculos de los brazos no experimentan más que una ligera sensación de malestar; pero los de los riñones y los de los muslos experimentan un verdadero sufrimiento; prueba de que han trabajado vigorosamente.

Hay que establecer una diferencia en el sport náutico, entre el ejercicio del remo y el de la *pagaya*. En el de ésta, debe el remero tener un punto de apoyo fijo y sólido sobre el asiento, y las piernas entonces no le prestan ayuda alguna. Permanecen inactivas, extendidas generalmente en el fondo de la canoa (*kayak*). En cuanto al tronco, participa del trabajo, no por movimientos alternativos de flexión y de extensión, sino por cambios laterales, á derecha ó á izquierda; además, cuando se hace un gran esfuerzo, no se inclina hacia atrás, como el del remero, sino que, por el contrario, se encorva hacia adelante.

Esta actitud está impuesta por la necesidad de dar al movimiento del tronco una dirección inversa de la dirección en que se desplaza el agua por el motor de la embarcación. Para usar la *pagaya* es preciso rechazar el líquido de delante atrás, mientras que para remar hay que rechazarlo de atrás adelante.

Cuando se presencia una regata y se compara á los que reman de *pareles* y los que corren en *kayak*, choca muchísimo la diferencia de actitudes.

La maniobra de esta canoa es seguramente más graciosa. El cuerpo se balancea regularmente de derecha á izquierda, y la cabeza á cada movimiento se inclina en sentido inverso del tronco, por una serie de flexiones laterales de las vértebras del cuello. De estos dos movimientos opuestos, que se compensan, resulta una marcha ondulante, que se combina con el deslizamiento de la embarcación, para formar un cuadro que seduce. Pero la espalda del que maneja la pagaya se encorva como la del jockey, y sus piernas permanecen inactivas. De aquí, en mi opinión, la inferioridad de la canoa *kayak*, desde el punto de vista higiénico. Deja á los miembros inferiores en la inmovilidad absoluta y tiende á hundir los hombros.

En la embarcación de remos, el remero se inclina hacia adelante también, en ciertos

momentos, para echar atrás el remo; pero es en un momento del ejercicio que no exige ninguna fuerza y no hace sufrir á las vértebras presión alguna. El acto muscular realmente enérgico, el que determina la progresión del bote, se ejecuta echando atrás el cuerpo; en este momento del esfuerzo, la cabeza permanece recta y alta, y si el movimiento se acentúa aún más, la cara mira al cielo. El movimiento realmente activo del remero consiste en la *extensión* de la espina dorsal. Ningún movimiento hay más á propósito que éste para enderezar una columna vertebral arqueada.

Bueno es señalar la diferencia de resultados, según que se reme «de punta» ó «pareles». El remo de punta es único y se maneja con las dos manos, obligando al remero á inclinarse del lado en que tiene que vencer al agua. El remar de pareles es doble y necesita un esfuerzo igual y simétrico de cada mano. Claro está que para conservar al cuerpo su actitud recta, la maniobra de pareles es muy superior á la maniobra de punta.

II

Nos es imposible pasar revista aquí á los ejercicios más á propósito para favorecer la regularidad del desarrollo. Pero quisiéramos precisar algunos puntos que no deben perderse de vista cuando se quiere apreciar el influjo de los movimientos sobre la forma del cuerpo.

Y, desde luego, el cuerpo entregado á sí mismo, sin estar sometido á influjo alguno exterior capaz de deformarle, tiende naturalmente á desarrollarse en una dirección regular. Las causas que tienden á torcerla pueden ser de origen interno, como las afecciones óseas ó articulares, las retracciones de los tendones ó de los músculos, las parálisis. Pero las deformaciones observadas con más frecuencia tienen causas externas, como las presiones, los choques, trabajos ó hábitos que acarrear un vicio de la sangre.

Entre los agentes exteriores capaces de deformar el cuerpo, el ejercicio mal elegido ó mal aplicado es una de las causas frecuentes de conformación viciosa. La columna vertebral es el eje del cuerpo. Cuando su dirección es normal, el cuerpo es derecho y la actitud elegante. La mayor parte de las desviaciones de la columna vertebral empiezan por ser de origen muscular y provienen del predominio de la acción de ciertos músculos que tiran de las vértebras en una dirección dada, sobre los que deberían hacerle equilibrio obrando á la inversa. El ejercicio muscular tiende á desarrollar los músculos y los huesos; basta, para cumplir el fin estético, con que este desarrollo se haga con regularidad, que ninguna región del cuerpo adquiriera un volumen exagerado capaz de destruir la armonía de las proporciones, y que ninguna parte del esqueleto tome una dirección viciosa.

La falta de todo ejercicio coincide algunas veces con las desviaciones del cuerpo; pero es casi siempre á causa de una posición viciosa habitual, como se observa tanto en las personas sedentarias. El escolar encerrado en sus clases desde la mañana á la noche, la obrera que pasa todo el día en el taller, presentan con frecuencia desviaciones del talle; pero la posición viciosa del cuerpo que exige la escritura inclinada es la verdadera causa de la curvatura lateral del cuerpo, observada en los escolares; y, del mismo modo, debe atribuirse á la actitud inclinada que piden las labores de aguja la curvatura de la espalda tan frecuente en las costureras.

Ciertas deformaciones del talle pueden atribuirse á la misma falta de ejercicio, al exceso de inmovilidad del individuo y á la extremada debilidad de los músculos, que de ello resulta. Siendo muy móviles las vértebras, las unas sobre las otras, no pueden formar un todo y adquirir la resistencia de un talle homogéneo y rígido, sino á condición

de estar fuertemente apretadas las unas sobre las otras y mantenidas en contacto íntimo por la contracción de los músculos que las rodean. Si estos músculos son demasiado débiles, el peso de los hombros y de la cabeza hace resbalar unos sobre otros los huesos de las vértebras y los arrastra en la dirección en que la gravedad atrae al cuerpo, es decir, hacia adelante.

Cuando la fuerza muscular está completamente suprimida (en el cadáver, por ejemplo), se observa una tendencia á la caída hacia adelante; si el cuerpo muerto, colocado de pie, está sujeto por la cintura, se ve á la cabeza inclinarse sobre el pecho, á los hombros bajarse hacia adelante y la espalda encorvarse por una flexión exagerada de la columna vertebral.

Esta actitud inclinada, debida á la falta completa de acción muscular, es la exageración de la que se observa en los individuos cuyos músculos están debilitados al extremo y atrofiados por la inacción. La espalda encorvada va acompañada siempre, en esos individuos, de la retracción del pecho; en primer lugar, porque la inacción muscular entraña la disminución de la amplitud del torax, y, además, porque, en el perfil del cuerpo, la convexidad pronunciada de la espalda tiende, por comparación, á hacer aparecer como plana y aun cóncava la línea que marca la dirección del esternón.—Se observa esta deformidad característica en todos los casos en que individuos jóvenes están sometidos á un régimen de vida demasiado sedentario, privados de aire y de movimiento.

El ejercicio muscular, cualquiera que sea su forma, da resultados maravillosos en todas esas deformaciones en que no hay, propiamente hablando, que enderezar una región desviada, sino más bien que sostener una parte debilitada. La columna vertebral encuentra prontamente enérgicos soportes en los músculos vertebrales inmediatamente que el individuo se entrega á movimientos violentos, porque todo trabajo que necesita cierto gasto de fuerza, exige que entren en juego esos músculos para fijar sólidamente la columna vertebral, centro y eje de todos los cambios de lugar del tronco y de los miembros.

Pero, aparte de estos casos de debilidad excesiva, de languidez enfermiza del individuo, no hay que pedir al aumento de fuerza de los músculos el medio de devolver al talle su rectitud perfecta. Los individuos más notables por la elegancia de su talle, son más bien muy *airosos* que muy vigorosos.

La esbeltez del talle procede de la gran facilidad con que las vértebras pueden resbalar las unas sobre las otras en todas direcciones. De esta gran movilidad resultan la facilidad con que las diversas piezas de la espina dorsal se acomodan á las diversas actitudes del cuerpo, y la rapidez con que éste encuentra su aplomo en todos los cambios de lugar que sufre. Así se observa, en el más alto grado, la gracia del talle en los clowns que se dislocan.

Ciertos ejercicios que se practican con un pequeño gasto de fuerza muscular tienen una marcada tendencia á colocar la columna vertebral en la dirección de rectitud perfecta; los ejercicios de equilibrio. El que baila sobre la cuerda no puede sostenerse sobre su pequeño soporte, sino á condición de no separar jamás el eje del cuerpo de la dirección de la plomada; y la columna vertebral es la que representa el eje. Todos los movimientos del acróbata tienden, pues, á dar á los músculos, que mueven las vértebras, el grado de contracción necesario para que el eje óseo tenga una dirección perfectamente vertical.

El que baila en la cuerda conserva, una vez en tierra, la actitud que sus músculos bien disciplinados han tomado por costumbre de dar á sus huesos.

Los juglares equilibristas son, con los que bailan en la cuerda y los *hombres elásticos*,

tipos de rectitud física perfecta; y si se los compara, en los circos, á los gimnastas que tienen la especialidad del trapecio, se ve en seguida la ventaja que los llevan por la elegancia del talle.

Nada más encantador que una niña equilibrista, á la que ví en un circo trepar á lo alto de una pirámide de botellas superpuestas y llegar á posarse como un pájaro sobre la boca de la última, sin derribar ninguna. Era una maravilla ver á la niña, llegada á la cúspide de su frágil edificio, asegurar ante todo su aplomo levantando el busto, y, después, quitando el pie de su débil soporte, levantarse con las manos, que abrazaban el cuello de la última botella, sin que el tronco, siempre recto, se separase un milímetro de la dirección vertical. Era preciso que de la posición encogida desenvolvese el cuerpo hasta la posición de pie: y sólo á costa de una precisión matemática en la contracción de los músculos de las vértebras, es como la extensión de las piernas podía efectuarse sin derribar el andamiaje entero.

La niña que ejecutaba este prodigio de equilibrio había ganado con esa práctica el talle más elegante y el más gracioso aspecto; y yo me asombré al ver el contraste que formaba con una «mujer gimnasta» del mismo circo, á la cual el trapecio y las anillas habían encorvado la espalda y deformado los hombros.

Lo recto de la columna vertebral no es debido á la fuerza de los músculos de los riñones y de la espalda, sino más bien á su perfecta armonía de acción. Si los músculos que inclinan las vértebras del lado izquierdo sobrepujan en vigor á sus antagónicos, que los inclinan al derecho, la espina dorsal tenderá á dejarse arrastrar por la mayor tracción y se producirá un comienzo de escoliosis izquierda, cualquiera que sea, por lo demás, el vigor del individuo. Si, por el contrario, hay perfecta igualdad de fuerza en los músculos de ambos lados, habrá armonía en su acción y el talle será recto.

Todos los ejercicios que exigen la acción perfectamente armónica de los músculos extensores y flexores de las vértebras, tienden á hacer derecho el talle. Todos aquellos en que, por el contrario, predomina constantemente la acción de una mitad del cuerpo, rompen la armonía de las fuerzas musculares.

El llevar constantemente un fardo sobre un hombro deforma el talle; el raquis se desvía del lado opuesto del cuerpo, cuyos músculos se ven obligados á entrar vigorosamente en acción para atraer el tronco hacia su lado y hacer contrapeso al fardo. Si su contracción es muy prolongada y muy frecuente, sufren, como todos los músculos sometidos á una contracción demasiado duradera, un acortamiento, que mantiene la espina dorsal en la actitud que ha tenido con frecuencia. La columna vertebral se desvía del lado opuesto al fardo y, á causa de este movimiento de báscula, el hombro que habitualmente está cargado se levanta. Los cargadores que llevan maletas pesadas, los obreros de los ferrocarriles, que cargan las traviesas destinadas á la vía, tienen generalmente levantado el hombro izquierdo, porque es casi siempre el que sufre la carga.—Su trabajo tiende á deformar el tronco levantando el hombro «que trabaja».

Si se lleva el peso sobre la cabeza, pueden ocurrir dos casos. Puede la carga ser excesiva, y los extensores de la columna vertebral apenas pueden soportarla. Sucede entonces que las vértebras ceden á una presión demasiado pesada y doblan exagerando la curvatura de la espina. El resultado de esta forma de trabajo es un abultamiento de la espalda.

No sucede lo mismo si la carga soportada no es demasiado pesada, y si, como sucede comúnmente, debe llevarse en equilibrio. En este caso, no es un trabajo de fuerza el que sufre la columna vertebral, sino un trabajo de precisión; el que lleva el fardo debe

atender, sobre todo, á dar al talle una dirección perfectamente conforme con la de la gravedad. El eje del cuerpo deberá, pues, mantenerse verticalmente y el talle no podrá desviarse, so pena de caerse el fardo.

No se podría encontrar mejor ejercicio ortopédico para enderezar la actitud viciosa de un niño, que el hacerle llevar sobre la cabeza fardos ligeros. Si no hay alteración alguna en las vértebras, si la desviación de la columna, que se trata de prevenir ó de combatir, es debida solamente á un defecto de armonía en la acción de los músculos dorsales, este ejercicio de equilibrio es más propio que ningún otro para remediar la deformidad naciente.

Gran número de observadores han notado cuán elegante y regular es el talle en las mujeres del pueblo que acarrean el agua sobre la cabeza, y cómo se desvía, por el contrario, en los países en que es el hombro el que soporta el peso del cántaro.

Las mujeres de Tenerife, según observa un viajero que ha visitado la isla, son notables por la elegancia de su talle, y asombran también por su habilidad para llevar en equilibrio sobre la cabeza toda clase de objetos ligeros.

FERNANDO LAGRANGE.

NO SON CRISTIANOS

Diariamente, en catedrales y ermitorios, en conventos y capill'as, en asilos y hospitales, en cuantos santos lugares, en fin, ejercen los clérigos, regulares ó seculares, el fructífero monopolio de la *cátedra sagrada*, convertida irreverentemente en *tribuna libre de club* al servicio de la reacción, los reverendos oradores, los santos charlatanes tonsurados, prevalidos de la omnimoda libertad de que gozan, lanzan pestes contra el socialismo diciendo desde el púlpito, con la más piadosa de las frescuras, que «los socialistas son unos monstruos revolucionarios, unos foragidos sin alma, aspirantes á convertir el mundo en una sucursal del infierno. Que quieren desposeer á los ricos de las riquezas y bienes terrenos que Dios, en su infinita sabiduría, ha tenido á bien otorgarles, y que por tal camino de injusticias y horribles abominaciones, sólo se llegaría á la destrucción de la sociedad, ya que el socialismo implica la negación de toda ley divina y de todo humano derecho...»

Así se expresan, cuando de anatematizar las ideas socialistas se trata, los reverendos representantes de un Jesús comunista. Tienen por *robo injusto* la universalización de la riqueza, los que se hacen pasar en la tierra por ministros sagrados encargados de velar por la pureza de las prácticas del cristianismo; y el cristianismo tiene por base la hermanación de los humanos y la comunidad universal de bienes y afecciones.

Los cristianos sacerdotales llaman á los socialistas foragidos perturbadores, agentes infernales de Satanás, sólo porque, imitadores prácticos del Cristo, aspiran á la constitución de un orden social más humano y perfecto, justo y altruista que el actual, regido por la justicia y el amor.

Pero, al proceder cual proceden, ¿dónde está la lógica de los cristianos clericales?

¿Acaso han olvidado cómo vivían los primitivos creyentes, aquellos creyentes fervorosos, únicos dignos de llamarse cristianos?

Cristo, sin saberlo, fué socialista; predicó y practicó el comunismo espiritual, moral y materialmente hablando. Quiso la unidad de todos los seres humanos bajo la constitución de una sola familia universal regida por un sólo *Padre común*, por el *Padre Dios*, creador omnipotente, según Jesús presumía, de todo lo existente. Por esto afirmaba que todos los hombres éramos hermanos, y prohibía á sus adeptos el reconocimiento de otro padre que no fuera el *Padre celestial*.

Y para que se vea que el cristianismo, como hemos asegurado anteriormente, tiene por base fundamental la constitución de un comunismo religioso tan utópico como se quiera, pero comunismo al fin, ahí están los llamados *sagrados textos* y las obras ortodoxísimas de los *santos padres* de la Iglesia cristiana, que evidenciarán nuestras aseveraciones precedentes á poco que se examinen.

Véase, si no, véase lo que se lee en el *Nuevo testamento*, y después, dígasenos noblemente si estamos ó no en lo cierto:

«Y de la multitud de los que habían creído, era un corazón y un alma, y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, más todas las cosas les eran comunes.» (Actos, IV, 32.)

«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión y en el repartimiento del pan y en las oraciones.» «Y perseverando unánime cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y con sencillez de corazón.» (Actos, II, 42 y 46.) «Y ninguna necesidad había entre ellos (entre los cristianos), porque todos los que poseían heredades ó casas, vendiéndolas, traían el precio de lo vendido.» (Actos, IV, 34.)

«Y todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas comunes.» (Actos, II, 44.)

¡Qué tall! ¿Pueden los sacerdotes cristianos reprobar el comunismo socialista?

Si Jesús vivió en común con sus fieles y apóstoles y en comunidad los dejó constituidos al perecer en el Gólgota, ¿cómo abominar el socialismo los que debieran dedicarse al fomento del comunismo universal?

Dirán que Jesús no expropió á los ricos y que sólo pretendía la comunidad de los creyentes; pero hoy día que los habitantes de la culta Europa, casi en general, y una buena parte de los pobladores del resto de la tierra se confesan cristianos fervorosos, ¿no es justo, cristianamente hablando, que desaparezca de entre los creyentes el tuyo y el mío y que se proclame la igualdad social entre los cristianos mediante la comunalidad de las riquezas? ¿Que Jesús no pensó jamás en la expropiación forzosa, objetais todavía?

Bien puede ser; pero si no pensó en expropiaciones violentas; si jamás soñó con una forzosa liquidación social, estuvo, en cambio, conforme en negar el nombre de cristiano á los que no aceptaran en todas sus partes la doctrina evangélica, y esto no se cumple.

Además, los *santos padres*; los doctores seráficos con cuya grandeza de alma y sana sabiduría se enorgullece la iglesia del crucificado, todos esos ilustres varones que vosotros los cristianos profesionales tenéis por lumbreras del cristianismo, los excelsos inspirados, en fin, están conformes con la doctrina evangélica y abogan briosamente por que llegue á practicarse sin corruptelas farisiacas ni argucias de sofista. Y si no, veamos cómo se explican:—«El rico es un ladrón»—dice San Basilio.

«En buena justicia—escribe San Clemente—todo debiera pertenecernos á todos. Es la iniquidad la que hizo la propiedad privada.» —«Es una cosa absurda y vergonzosa—afirma San Clemente de Alejandría—el ver á un hombre vivir en el regalo y el lujo, en tanto muchos otros mueren de hambre.»

«Vosotros repartiréis entre vuestros hermanos todos vuestros bienes, sin que nada os quede propio.» Así se expresa San Bernabé. —«El uso de todas las cosas que están en el mundo—asegura San Clemente (papa)—debe ser común á todos los humanos... Aquellos que no trabajen, no tienen derecho á sentarse á la mesa común.»

Y lo mismo, afirma el apóstol Pablo. Y así por el estilo, en forma idéntica, se expresaron en sus obras y en sus sermones San Ambrosio, Tertuliano y el propio San Agustín.

¡Y quieren decirnos los que califican de injusticia la conversión de la propiedad privada en propiedad social de uso común y libre á todos los humanos; y quieren decirnos, y que les creamos, los defensores sacerdotales del individualismo imperante, que son cristianos!

¡Vosotros cristianos! ¡cal! ¡qué habéis de serlo! Si lo fuéreis os convertiríais inmediatamente al socialismo, comprendiendo, como desde luego comprendéis, la inmensa superioridad que alcanza este nuevo sistema humano de hermanar á los hombres sobre el quimérico comunismo religioso, proclamado en Palestina hace cerca de dos mil años por el bueno de Jesús de Nazaret.

Los defensores de la propiedad privada no son cristianos.

No lo son, no pueden ser cristianos los que atesoran riquezas explotando el trabajo del prójimo y desbalijando al semejante.

De ladrón califican los santos cristianos al hombre que posee riquezas. Y si esto es así, como parece indudable, ¿dónde está la lógica de esos señores obispos, curas y frailes, que declaran criminal é injusto el acto socialista, todavía no ejecutado, de llegar á la expropiación de todas las riquezas sociales vinculadas en las *manos muertas* de esos seres tachados de usurpadores por la divina inspiración de los santos padres, máxime cuando tal medida será adoptada por el socialismo en beneficio de la humanidad entera?

Sed más lógicos, sabios de cogulla y bonete, y no caigais en tan absurdas incongruencias.

Los religiosos profesionales, cristianos de pega, ilógicos siempre, si empre sofistas y arcanosos, preferís seguir calumniando á todo sér viviente que trate de abrir los ojos al pueblo, á pasar por el bochorno de confesaros vencidos por la evidencia de los hechos históricos. Y renegais de vuestro propio origen haciendo traición á la causa cristiana, amparándoos en la injusticia social que os enriquece, colmándoos de beneficios, y que os hace omnipotentes, dotándoos de la fuerza y el privilegio.

Judas del cristianismo, los creyentes profesionales, engañáis á los pobres por granjearos el favor de los ricos; abrazáis á Jesús (al pueblo), para mejor entregarlo, manso y confiado, á los sayones y fariseos que luego se gozan sacrificándolo implamente.

Queda demostrado. El cristianismo puro, practicado con la severa pureza evangélica de los cristianos primitivos, es un comunismo, comunismo utópico, porque ordenaba á sus adeptos la enagenación de sus bienes, para luego ser consumido el producto de tales ventas en un estéril estado social de hermanamiento y confraternidad infecundos, pero en el qué todos los humanos creyentes tenían derecho á participar de cuanto á la comunidad perteneciera.—Los cristianos primitivos todo lo esperaban del cielo y desdafiaban ocuparse de las *miserias de la tierra*. Eran pobres visionarios llenos de buena fe y de tierna piedad.

Más prácticos é inteligentes que los comunistas cristianos, los socialistas modernos fundan en el trabajo la base de la nueva sociedad y esperan confiados que el trabajo, fomentador de toda dicha, bienestar y moralidad social, dará á la sociedad futura la fortaleza necesaria para vivir feliz y sosegadamente en las realidades augustas del tiempo y el espacio, libre de ficciones teístas y de aniquiladoras tiranías.

Pueden, pues, seguir, si tal les place, los sacros oradores, los sermoneadores reverendos, los misioneros terroristas, pueden seguir criticando desde el púlpito, en sus estúpídisimas peroratas sagradas, el nuevo socialismo, y diciendo que los socialistas son hombres infernales, hechuras de Satanás; que son una gabilla de foragidos expropiadores sin ley ni religión, aspirantes á apoderarse violentamente de cuanto Dios ha creado y los hombres hecho florecer con el esfuerzo de sus brazos, para luego de cometido tan enorme delito, tras negar la existencia de Dios y sacrificar á sus santificados ministros, entregar los destinos del mundo al imperio del desenfreno violento, de la lasciva impureza y del materialismo brutal. Pueden, sí, decir los predicadores clericales cuanto quieran del socialismo y de los socialistas, abroquelados tras la inmunidad de que gozan y abusan sin tasa ni medida, que por más que se afanen y desvivan en tergiversar las cosas esfumando la verdad serena tras los velos seductores del bien hilado sofisma, á la postre siempre resultará que, apóstatas sacrilegos, reniegan de los principios y se olvidan de las doctrinas enseñadas por el heroico maestro sacrificado en el Calvario. Y los que obran así, los que vulneran la doctrina evangélica y se olvidan de practicar las humanitarias enseñanzas del divino maestro, *no son, no pueden ser cristianos*.

DONATO LUBEN.